

Carencia de error en la Escritura

1. La inspiración y su facticidad comportan la *infalibilidad* de la Sagrada Escritura. De haber error, habría que atribuirlo a su Autor divino (Enc. *Providentissimus Deus*, D. 1951; *Decretum Lamentabili*, D. 2014; Encíclica *Spiritus Paraclitus*). San Agustín, en su *Epístola 82, I*, escribe: «He aprendido a reverenciar y acatar tan

sólo aquellos libros de la Escritura que se llaman canónicos, hasta tal punto de creer con absoluta certidumbre que ninguno de sus autores se equivocó al escribir. Si algo me ofende en tales escritos, porque me parece contrario a la verdad, no dudo en afirmar que el códice tiene una errata o que el traductor no ha comprendido lo que estaba escrito, o que yo no lo entiendo».

Infalibilidad y perfección absoluta no son conceptos idénticos, aun en cosas concernientes a la fe o a las costumbres.

2. Para un mayor esclarecimiento del estado de la cuestión, hay que observar lo siguiente: podríamos admitir que un escritor cometió error si constase de su intención al exponer algo determinado y de que sus afirmaciones no corresponden a la verdad. Para fijar el conjunto noemático intentado por el autor, es preciso atender cuidadosamente a la forma de expresión y al mismo contenido. Aunque esto sea muy dificultoso en la mayoría de los casos, por variables que sean las fronteras divisorias entre forma de expresión y contenido, tenemos en nuestra mano una norma que por lo general es suficiente. Vamos a dilucidarla. Queremos distinguir entre *contenido* y *forma de expresión*. Dios se reveló para instaurar su Reinado en la tierra, realizando así nuestra salvación. En *II Tim. 3, 15-17* leemos: «Desde niño conoces las Sagradas Letras, las cuales pueden hacerte sabio en orden a la salud por medio de la fe, que se halla en Cristo Jesús. Toda la Escritura divinamente inspirada es también provechosa para la enseñanza, para la reprehensión, para la corrección, para la educación en la justicia, para que sea cabal el hombre de Dios, dispuesto y a punto para cada obra buena». La Salud se funda concretamente en Cristo y por ello se puede decir de la Escritura toda como del Evangelio de San Juan, lo que proclamó su autor: «Estas cosas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyéndolo, tengáis vida en su nombre».

En última instancia, es el Magisterio a quien toca decidir lo que en la Sagrada Escritura es contenido y lo que es sólo forma de expresión.

La Revelación, en tanto palabra escrita de Dios consignada en la Escritura, no pretende enseñarnos nada sobre la esencia de las cosas de este mundo; no es ciencia temporal. Si alguna vez la naturaleza aparece como objeto de la Escritura, no se pretende entonces describir su esencia, actividad o movimientos, sino simple-

mente subrayar la gloria que a ella le corresponde en Cristo, ya que espera—la naturaleza toda—ansiosamente su revelación (*Rom.* 8, 19-22; véase también el *De Creatione* y *De Novissimis*). De todo lo dicho resulta que si en alguna ocasión encontramos en la Biblia descripciones sobre la esencia de la naturaleza parecidas a las expuestas en libros profanos, ellas no pertenecen al contenido, sino a la forma de expresión. Servirán como ilustración visible de la Revelación, y si en esos casos el autor sagrado emite juicios que no corresponden al estado y grado reales que la ciencia garantice, sino que estén fundamentados en apariencias o ideas populares, ello no impedirá que la Escritura sea infalible en lo que a ella directamente se refiere (Santo Tomás, *S. T.*, 1, 99, 70 a 1 ad 3). La Revelación de Dios destinada a nosotros y al servicio de nuestra salvación, tiene que presentarse a menudo bajo formas populares para que el hombre pueda entenderla; tiene que revestirse de moldes histórico-temporales, sujetos a cambios del tiempo; formas afectadas, en una palabra, de idénticas debilidades a las que tiene el hombre. Eso no es humillante para la Revelación; el mismo Verbo personal de Dios no se sintió humillado al enajenarse, al tomar forma de siervo y hacerse en todo, menos en el pecado, semejante al hombre (*Phil.* 2, 7.)

De acuerdo con lo que dijimos en el § 14, los datos concernientes a la forma de expresión están dentro del área de lo inspirado en cuanto se adecuen a un contenido determinado y pretendido por Dios mismo (*Providentissimus Deus*, D. 1952; véase también el § 13 y 14; G. van Noort, *De fontibus revelationis*, 1920, págs. 35-67).

Los datos *históricos* de la Biblia no responden a la categoría de meras formas literarias, como sucede con los que se refieren directamente a la estructura y movimientos de la naturaleza. La Escritura es un camino que conduce a Cristo; la descripción de este camino, la importancia de los datos indicadores de él ha de ser totalmente distinta de la que poseen los que conciernen a la naturaleza. Su misión es garantizar la Revelación como hecho histórico (véase § 1). No obstante, y de acuerdo con la Comisión bíblica en su decisión del 23 de junio de 1905 (D. 1980), podemos admitir que, aportadas razones seguras y firmes, los escritores sagrados no pretenden hacer historia verdadera y propiamente tal, sino revestir con formas históricas enseñanzas religiosas. Es más: aunque en materia histórica podemos encontrar en la Biblia informes poco

exactos, no negaremos por ello a la Escritura esa infalibilidad que le atribuyen las doctrinas eclesiásticas: «No se puede negar la verdad de la narración cuando se trata de constataciones relativas a tradiciones populares o a informes históricos de índole popular que trabajan con números redondos, cronologías aproximadas, discursos libremente reproducidos u otros medios similares, ya que para que la narración sea verdadera no se precisa ofrecer con toda exactitud y fidelidad esas circunstancias secundarias» (Diekamp, *Katholische Dogmatik*, I, 31 y sigs.).

El autor bíblico, al citar de una manera expresa testimonios de personas o fuentes no inspiradas, no avala la verdad del contenido de tales afirmaciones, sino la exactitud de su cita, a no ser que apruebe taxativamente el contenido mismo de ella. La existencia de tales citas sólo ha de admitirse ocasionalmente y cuando puedan aducirse razones suficientes. Pío XII, en su Encíclica sobre la Biblia, ha reunido y precisado la doctrina católica correspondiente (D. 2293 y sigs.; NR. 126, a, y sigs):

«Nuestra época, como acumula nuevas cuestiones y nuevas dificultades, así también, por favor de Dios, suministra nuevos recursos y subsidios a la exégesis. Entre ellos parece digno de especial mención el que los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de los Santos Padres, y principalmente la del Angélico y Común Doctor, han explorado y expuesto, mejor y más perfectamente que los pasados siglos solía hacerse, la naturaleza y los efectos de la inspiración bíblica, pues partiendo del principio de que el escritor sagrado, al escribir su libro, es órgano e instrumento del Espíritu Santo—y, por cierto, animado y racional—observan rectamente que, bajo el influjo de la divina moción, de tal manera hace uso de sus facultades y energías, que por el libro nacido de su acción puedan todos fácilmente colegir «la índole propia de cada uno y, por así decirlo, sus singulares características y rasgos». Ha de esforzarse, pues, el intérprete con toda diligencia, sin descuidar luz alguna que hayan aportado las modernas investigaciones, por conocer la índole propia y las condiciones de vida del escritor sagrado, el tiempo en que floreció, las fuentes ya escritas, ya orales, que utilizó y los modos de decir que empleó, pues así podrá mejor conocer quién fué el hagiógrafo y qué quiso significar al escribir, y a nadie se le oculta que la suprema norma para la interpretación es ver y definir qué pretendió decir el escritor, como egregiamente lo advierte San Atanasio: «Aquí, como conviene hacerlo en todos los otros lugares de la divina Escritura, hay que observar con qué ocasión habló el Apóstol; ha de atenderse con cuidado y exactitud a cuál es la persona, cuál el motivo que le indujo a escribir, no sea que ignorándolo uno, o entendiéndolo una cosa por otra, yerre en la verdad de la sentencia.»

Pero no es muchas veces tan claro en las palabras y escritos de los antiguos autores orientales, como lo es en los escritos de nuestra época, cuál sea el sentido literal, pues lo que aquéllos quisieron significar no se determina por las solas leyes de la gramática o de filología, ni por el solo contexto del discurso, sino que es preciso que el intérprete vuelva, por decirlo

así, a aquellos remotos siglos del Oriente, y con la ayuda de la historia, de la arqueología, de la etnología y otras disciplinas, discieran y distintamente vea qué géneros literarios, como dicen, quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella vetusta edad, pues no siempre empleaban las mismas formas y los mismos modos de decir que usamos nosotros, sino más bien aquellos que entre los hombres de sus tiempos y lugares estaban en uso. Cuáles fueran éstos no puede el intérprete determinarlo de antemano, sino solamente en virtud de una cuidadosa investigación de las literaturas del Oriente. Esta, llevada a cabo en los últimos decenios con mayor cuidado y diligencia que anteriormente, nos ha hecho ver con más claridad qué formas de decir se usaron en aquellos antiguos tiempos, ya en la descripción poética de las cosas, ya en el establecimiento de normas y leyes de vida, ya, por fin, en la narración de hechos y sucesos. Esta misma investigación ha probado ya con lucidez que el pueblo de Israel se aventajó singularmente a las otras antiguas naciones orientales en escribir bien la Historia, tanto por la antigüedad como por la fiel narración de hechos, lo cual seguramente procede del carisma de la divina inspiración y del fin peculiar de la historia bíblica, que es religioso. Sin embargo, también entre los escritores sagrados, como entre los demás antiguos, se hallan ciertas artes de exponer y narrar, ciertos idiotismos, propios sobre todo de las lenguas semíticas, las llamadas aproximaciones, y ciertos modos de hablar hiperbólicos; más aún: a veces hasta paradojas, con las cuales más firmemente se graban las cosas en la mente, cosa nada de admirar para quien rectamente sienta acerca de la inspiración bíblica. Porque no hay modo alguno de hablar, de los corrientes entre los antiguos, principalmente entre los orientales, que sea ajeno a los Libros Sagrados, siempre a condición de que el empleado no repugne a la santidad y verdad de Dios, como ya tenazmente lo advirtió el mismo Doctor Angélico con estas palabras: «Las cosas divinas se nos dan en la Escritura al modo que los hombres acostumbran usar». Pues así como el Verbo sustancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todo, «excepto el pecado», así las palabras de Dios, expresadas en lengua humana, se hacen en todo semejantes al humano lenguaje, excepto el error, cosa que ya San Juan Crisóstomo alabó sobremanera, y repetidamente afirmó que se da en los Libros Sagrados.

Por esto el exégeta católico, para satisfacer a las actuales necesidades de la ciencia bíblica, al exponer la Sagrada Escritura, demostrando y probando estar enteramente inmune de error, válgase también prudentemente de este recurso e investigue lo que la forma o género literario empleado por el hagiógrafo pueda contribuir para la verdadera y genuina interpretación, y esté persuadido de que esta parte de su oficio no puede desdeñarse sin gran detrimento de la exégesis católica. Pues no pocas veces, para no mencionar sino esto, cuando muchos, cacareando, reprochan al autor sagrado de haber faltado a la verdad histórica o de haber narrado las cosas con poca exactitud, hállese que no se trata de otra cosa que de los modos de decir y escribir propios de los antiguos, que a cada paso lícita y corrientemente se empleaban en las mutuas relaciones de los hombres. Exige, pues, una justa ecuanimidad, que al hallar tales cosas en la divina palabra, que con palabras humanas se expresa, no se las tache de error, como tampoco se hace cuando se hallan en el uso cotidiano de la vida. Conociendo, pues, y exactamente estimando los modos y maneras de decir y escribir

TEOLOGIA DOGMATICA

de los antiguos, podrán resolverse muchas dificultades que contra la verdad y la fidelidad histórica de las Sagradas Escrituras se oponen, y semejante estudio será muy a propósito para percibir más plena y claramente la mente del autor sagrado.